

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ: UN MILAGRO HISTÓRICO NOVELA DE RAÚL DÍAZ CASTAÑEDA

*Alí Medina Machado**

LIMINAR

Hay personajes que marcan. De los que podemos decir... **“Su vida la entendió...”** Al pronunciar este sintagma, ya uno sabe que fue una persona meritoria, un alto espíritu, un robusto carácter y otras aposiciones calificadoras. Personas que marcaron una huella de luz. No en balde podemos decir de José Gregorio Hernández esto y muchas cosas más...Él desde su existencia por siempre ha marcado una huella de luz, es una luz en plenitud.

Es un personaje histórico para la historia total, personaje múltiple desde todas las miradas, ¿Cómo miró su propia plenitud. Lo vemos por fuera en distintas imágenes que se las ha ido construyendo el tiempo. Pero, lo más importante es que lo vemos por dentro, en el campo infinito de su pensamiento, de **“los valores espirituales que elevan y ennoblecen su calidad de hombre”**.

Cubrió el doctor Hernández un magisterio de servicio... Por eso marca; por eso podemos decir: su vida la entendió. Su obra total, vasta

* Profesor ordinario a dedicación exclusiva, adscrito al Departamento de Lenguas Modernas del Núcleo “Rafael Rangel” de la Universidad de Los Andes. Docente de Castellano y Literatura. Investigador activo del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias del NURR-ULA. Premio Nacional IPASME, Mención Crónica Escolar. E_mail: medinamachadoa@gmail.com

obra total, estuvo cargada de un servicio humano creador... De ahí su permanencia para la ciencia y la virtud. Para la ciencia si lo vemos como un médico de una gran proyección; para la virtud si lo vemos con esa aureola de santidad que se la ha ido proyectando el tiempo: un lapso de siglo y un siglo total, y éste naciente todavía que le viene dando el virtuoso portento de la santidad, la que sabemos está cercana ya... La esperada santidad de José Gregorio se vislumbra como uno de los mayores triunfos de la venezolanidad espiritual. Él va a cubrir los espacios sagrados de la venezolanidad, sin duda alguna, porque nació y vivió predestinado para esa santidad, para ese hecho grande en la esperanza hasta ahora, en la certidumbre dentro de poco tiempo.

Uno se encuentra en la cotidianidad con José Gregorio, lo tropieza en cada parte, en muchos escenarios. Es una figura social de múltiples representaciones icónicas. Su estampa multifuncional está en todas direcciones y en todas posiciones, entre el blanco y el negro, no para diferenciarlo sino para significarlo en su condición de hombre de ciencia y de hombre humanista: lo blanco la ciencia; lo negro lo académico, que ambas condiciones las asumió y en ambas desbordó las virtudes de Dios, como vamos a ver.

José Gregorio es un personaje que llena y por eso tiene trascendencia y plenitud. Es una lección de vida por donde se le mire y se le estudie. Con él uno se llena de una gran conciencia humana. Su lección lo hace entender a uno la vida, lo que es la vida humana como un gran conjunto exterior, física; e interior, psicológica: los dos mundos del hombre entendidos y practicados con la fuerza de un convencido de que la existencia es un contenido que Dios provee para querer y ser, no de los que quisieran sino de los que quieren, duros para asumir los riesgos y blandos para enseñar las bondades.

José Gregorio entendió la esencia del ser humano, profundizó en sí mismo por lo que dio un inmenso soporte a lo que es vivir, fundamentalmente desde la perspectiva espiritual. En él no sólo se visualiza el individuo cargado de profundos conocimientos científicos, sino más bien esa fortaleza interior, ese acervo moral que ayuda a conceptualizarlo como una ciencia ética y un paradigma de los valores humanos integrales. Hernández, como otros ciudadanos de excepción, logró esculpir

una gran obra en el muro del tiempo durante su vida física, y esa obra propicia lleva a las generaciones de los tiempos que lo han sucedido a presentarlo como un ciudadano modélico y apropiado, digno de ocupar un puesto en el altar de los santos, “ese premio que le vale de corona, de premio definitivo”.

Guía de ascensión que enseña a los demás, él es para nosotros una cosmovisión cristiana, enseña el amor, enseña la familia. Sobran los argumentos para estas aseveraciones. Se lee su biografía en esta novela, y se descubre un rumbo, un rumbo de vida.

UNA NOVELA DESDE EL CONOCIMIENTO EXHAUSTIVO

¿Por dónde comenzar a mirar esta novela? ¿Qué hacer para introducirse en los espacios múltiples de una novela cuantitativa, sí; pero, especialmente cualitativa, un portento, una revelación, una fulguración. Novela escrita desde un conocimiento exhaustivo como me atrevo a titular el trabajo de presentación; novela que es una palabra total, extensamente concatenada por un discurso de excepcionales contenidos, con un ritmo lingüístico admirable que lleva, tal asienta Álvarez Muro que , “el ritmo forma parte intrínseca del texto (...), pues toda idea es buena si se sabe decir de forma acabada; esto es, forma parte de la actuación, de la perfomancia, pero además contribuye a la comprensión del discurso”. De tales formas operativas elaboradas podemos trabajar este discurso de Raúl Díaz Castañeda; una ideología conceptual emergida de su pensamiento creador afinada en una escritura plena, extendida en una sola linealidad, con naturalidad sorprendente, de un prosaísmo admirable y con tonalidades poéticas líricas que le dan suficiencia; porque, sin duda, este autor conoce y maneja el lenguaje castellano, juega con él, arma con él lo que quiere y como quiere armar sintagmas, morfemas, oraciones y textos, pues esa escritura que aquí vemos proviene de un método muy personalizado, de una maestría escritural que la da la cultura, el saber culto para el propósito de la comunicación. En los prolegómenos uno capta que es una obra de un artista del lenguaje, de un escritor ducho con dominio del lenguaje como sistema de significaciones. Esta novela atrapa desde diversas perspectivas, la primera de ellas, desde el lenguaje, en lo particular lo digo, porque me sentí atrapado desde los momentos iniciales por un discurso sólidamente hilvanado; claro, preciso, sin subterfugos de ninguna naturaleza.

Da para tanto este discurso novelístico, este orden artístico como un valor inicial, la formulación gráfica de una secuencia que nos va adentrando al conocimiento de lo que la obra total plantea, el compromiso del escritor por bien presentar su acto de creación, el diseño estructural que va desde una dedicatoria originalmente subjetiva, luego el epígrafe resaltante, de impacto por la controversia, y que desarma una de las antítesis aparecidas en la biografía del doctor José Gregorio Hernández, la fuerza contundente de un juicio que valora la personalidad moral del personaje. **“José Gregorio Hernández es un maravilloso milagro de fe, bondad y pureza, y por eso es el más respetable de los hombres que he conocido”** dijo Razetti. No en balde Razetti opinó y calificó. La suya fue en aquel tiempo una palabra trascendente.

Luego, el paralelismo tan valioso en la literatura, en la teoría literaria, en la armazón de la estructura literaria. Una sola página de tanto contenido: De una noticia: De otra noticia: para el encuentro y la coincidencia histórica y no para el desencuentro entre Rafael Rangel y José Gregorio Hernández. El paralelismo cronológico de la vida y la muerte de los dos personajes, en un lapso de diez años casi juntos. La alteridad de lo binario de dos sucesos como una extraña paradoja que no contraría sino une, y es una fortificación milagrosa que bien pudiera aceptarse como signo de armonía de la vida y de la muerte de estos dos hombres ejemplares de la venezolanidad contemporánea. Una noticia y otra noticia, con una repetición exacta de sus contenidos: Caracas, 1909-1919; pero es que también habían nacido con diferencia de diez años aproximadamente; y la muerte de ambos fue trágica y en horas de la tarde las dos; reconocidos científicos los dos, y dos hombres de ciencia comentaron el suceso. Y podríamos agregar que fueron trujillanos los dos y los dos casi del mismo pueblo, aunque si del mismo distrito, como sabemos. La literatura tiene capacidad para generar estos paralelismos de una manera sintáctica, fonética y semántica; la historia así mismo los genera y permite que la literatura los recree, como vemos en las páginas de la novela de Díaz Castañeda.

La estética del libro, su morfología exterior es también un valor agregado. No en balde el geógrafo González hizo esa afirmación. La novela en su corpus externo es hermosa, densamente diagramada como obra de arte. El compromiso de la Universidad se ve cumplido.

Andar en un recorrido lector por el interior de esta novela es atrapante. Y es un deslumbramiento también su forma visual, la imagen gráfica que la constituye, la distribución de sus capítulos hasta la Addenda, la paginación y los espacios en blanco. **“Cuando el blanco de la página se apodera de parte del espacio reservado al texto, la palabra queda realzada”**, dice Rosa Navarro. Los espacios del libro están muy bien trabajados y le confieren otro valor agregado a la novela y la hacen atractiva.

Esta novela en su concepción múltiple por sus contenidos ofrece **“una estela de intensidades”** que se pueden ir desentrañando, que hay que desentrañar al momento de su enfrentamiento lector y crítico. La implicación del lector es lo que le permitirá conocer y asimilar sus alcances y tomar una posición en la trama argumental que es de intensidad en el tiempo y el espacio, en ese cronotopos total que se va deslizando página tras página, capítulo tras capítulo en un cronotopos semiótico de muy diversas esferas, trasuntado entre dos siglos, el XIX y el XX, un antes y un después hasta un ahora, si vemos que se eternizan entre confluencias e inconfluencias, pues eso es la historia y esta es una novela histórica, una gran novela histórica como podemos ver en su contenido total, no otra cosa que, **“una exposición sistematizada de los acontecimientos de un pasado”** tratados con un sentido amplio y una visión multi-diversa desde la perspectiva historiográfica como punto de partida, con inclusión de lo antropológico, lo filosófico, lo científico, lo sociológico, hasta una profundidad psicoanalítica, de lo que se deriva que el autor es un hombre culto, ducho en las ciencias y en las humanidades, además de su maestría, repito, en el manejo del lenguaje.

Díaz Castañeda nos ofrece una novela histórica por encima de cualquier otra consideración. Se ocupa de la trayectoria de dos vidas en paralelo existencial, en su devenir por el camino del tiempo que transcurre entre partes sustantivas y difíciles de dos siglos venezolanos, tortuosos, oscuros, anémicos, de **“inmundicias”** como dice con rigor escatológico. Ah, porque además, Díaz Castañeda usa los modos léxicos sin cortapisas ni falsas acomodaciones, directamente con la norma cuando se tiene que ser formal, pero directamente al grano cuando en la expresividad se requiere la informalidad.

Hay en la novela la constante presencia de la sociedad venezolana de finales del siglo XIX, múltiples y variables representaciones de la vida política, civil y militar, institucionales, académicas descritas mediante un narratorio hecho por el autor y por personajes intervinientes, sacados en un continuo temporal de ese “**cementerio solemne**” y dotados nuevamente de vida para permitirles hablar y denunciar pormenorizadamente, si se quiere, aquellos momentos supremos de la vida, tanto de Rafael Rangel en su trance trágico de personaje conflictivo, de quien se desmenuza su compleja personalidad, como de José Gregorio Hernández, desde la perspectiva de su rectoría científica académica, llevada en consonancia con su personalidad introvertida como razón existencial motu proprio.

Todo parece milagroso en las disímiles esferas históricas que se presentan en el corpus novelístico, como que el país hubiera sobrevivido a la hecatombe de aquellos tiempos finiseculares de oprobio y dictadura y de quiebra económica y moral, prolongados hasta parte del siglo XX; milagrosa por la resurrección de los muertos sacados del cementerio solemne y vueltos a hacer de carne y hueso, relatores con su propia voz de lo que aconteció a Rangel y a Hernández en su “**destino de siameses**”; sucesión de hombres venezolanos entre políticos, burócratas, médicos, sacerdotes, escritores, científicos, convocados todos por el autor de la novela para hablar de Rangel y de Hernández, de sus encuentros y desencuentros, entre otros, Pedro María Morantes (Pío Gil), el Pbro. Carlos Borges, Santos Aníbal Dominici, el doctor Rísquez, Rómulo Gallegos, Edmundo Chirinos, y sería milagrosa esta novela si pudiera servir de acicate para que, de una vez por todas se ponga fin a la absurda por inventada diatriba histórica entre Rangel y Hernández, que ha hecho daño, sin duda, y por ello se viene exigiendo una reparación definitiva.

Es bueno afirmar que no desmerita en ningún momento Díaz Castañeda a Rangel. Tampoco lo hacen los personajes contemporáneos revividos en los distintos momentos y secuencias del libro. Al contrario, es largo el trecho del libro que se destina al conocimiento del sabio, padre de la Parasitología, “**a quien la muerte a los 32 años lo condujo a la perennidad de la vida**”, según palabras del Dr. José Vicente Scorza. Dice Scorza: “**Después de ocho años de trabajo indeclinable a favor de la salud, Rangel decide un 20 de agosto, en un acto de absoluta**

soberbia ‘mandarnos a todos al carajo. (...) Si los jóvenes entienden el sentido de la muerte, Rangel encontró con ella, la perennidad de la vida’.

Por su parte, Iván Lobo Quintero, al hablar del sabio Rangel dice **“...pero lo acercaron al fogón de la política, donde surgen silvestres los codazos y las zancadillas que Rangel no comprendía, se exageró su inexperiencia en el manejo de fondos públicos exaltaron los complejos raciales en la crónica satírica de los envidiosos de turno”.** En todo caso, son otros los entrevistados por Díaz C., todos coinciden en excusar de culpabilidad al Dr. Hernández de la canallada histórica que lo culpa directa y marginalmente de aquella lamentable e injusta muerte. En extenso, el autor, hace esas entrevistas con la historia, atribuye frases a cada personaje, los aproxima a este momento para indagarles y sacarles verdades presenciales, atiende a la veracidad por su aproximación al pensamiento del conjunto de los entrevistados, a su acción social como personajes destacados, de un tiempo coetáneo en unos casos, contemporáneo, en otros, .respecto de la vida de Rafael Rangel y de José Gregorio Hernández.

Reiteramos que ni Scorza ni Lobo Quintero aparecen en la novela, pero si el estallido de nombres proyectados en el tiempo útil del relato, personajes del siglo XIX y del XX, unos encumbrados por su posición, otros no tanto, pero todos revividos por el autor como confidentes de esa dramática y dañosa controversia alrededor de Rangel y Hernández; Rangel primero y luego Hernández si consideramos que es desde la esquina de aquel de donde han venidos las acusaciones y hasta los improperios. En el paso del tiempo nunca ha habido alguien que desde la perspectiva del Dr. Hernández haya levantado una voz acusatoria contra el sabio Rangel, pero si existe una actitud de origen, una hipótesis proyectada a querer ver a Hernández, en uno u otro sentido, comprometido con la tragedia de Rangel. El autor, reivindica la historia, la hace comprensible, y es ésta una de las causales que pudieran haberlo comprometido para en extenso investigar el caso, a través de palabras claves emitidas por el conjunto de hombres levantados del cementerio solemne que como esclarecedor imaginario, van tejiendo las páginas del libro y destejiendo a su vez la historia, por medio de conversatorios en los que se emplea el procedimiento de la interrogación.

Aquí sí es verdad que los muertos hablan y van diciendo *cosas veredes*, amigo Sancho.

Este libro es sobre la temporalidad y la historia del hombre, al igual que trabajó Pérez Estévez sobre George Lukacs, en sus indagaciones sobre la novela histórica. Podríamos repetir que la vida es la historia de un tiempo: esta novela en su conjunto es la historia de un tiempo en su conjunto, y es la historia del tiempo de dos hombres, Rangel y Hernández mediante el tiempo en que se retrotraen a la vida hombres que entonces se convierten a su vez en testigos del tiempo para ayudar a desenredar la trama discordante de dos ciudadanos que importan mucho para la historia contemporánea de Venezuela. Como novela histórica hay tres cosas aquí en el libro de Díaz Castañeda.: historia, hombre, tiempo: tres conceptos propensos a definiciones distintas pero en confluencia, como decir que la historia es el tiempo del hombre o el tiempo es la historia del hombre o el hombre es el tiempo en la historia.

Vemos la rigurosidad con que se analiza el ambiente socio-histórico en que transcurrieron la vida de Rafael Rangel y José Gregorio Hernández, aquel contexto socio-económico, el pueblo mismo, los héroes e individuos son producto de esas circunstancias. Una totalidad de objetos del medio social aparecen aquí. Todo lo que constituye el proceso del desarrollo social en una etapa histórica determinada: una o más generaciones de la sociedad humana: la vida social de los hombres, las costumbres, las instituciones, las tradiciones: el hombre venezolano actuando en medio de la naturaleza que lo rodea. Un cuadro total de la realidad venezolana densamente descrito y narrado con la fuerza de un consumado creador literario.

Insumos propicios para una definición de novela histórica se encuentran en el libro “Certezas e invenciones del pasado” de la investigadora Margot Carrillo Pimentel, entre ellos:

“Particulares que caracterizan los vínculos entre la historia y la literatura (...) una relación dialéctica de identidad, diferencias y entrecruzamientos entre ambos discursos: identidad que observamos en la medida en que la historia

y la novela son experiencias particulares del tiempo, que se resuelven poéticamente en la narración”

La certeza es equivalente a las realidades históricas dentro del constructo narrativo: todo el suceso gravitatorio sobre el tiempo real en la vida física de los personajes, y el imaginario la simbolización lingüística armada por el autor para ponerla en el habla de personajes del ayer, lejanos unos, cercanos otros, como los que acompañaron al autor hasta hace poco en la ciudad viviente, en Valera, precisamente, la ciudad social y humana con personajes como el periodista, el italiano Salvatore y el no menos popular Sepelio, personaje de la picaresca local, con quienes comparte informalmente en una mesa de “El Campo” inolvidable lugar de Las Acacias abatido por el progreso y por el extranjerismo invasor del comercio dolarizado.

Con respecto al uso del lenguaje, esta novela está armada con técnicas y sistemas instrumentales pertenecientes a la novelística contemporánea. Estructurada con un juego entre lo horizontal y lo vertical de usos sintagmáticos en el devenir cronológico de la historia, y a la vez paradigmáticos, si captamos los saltos, las interrupciones e irrupciones en improntas que rompen el tiempo y el espacio para situar la trama. Hay en la utilización del lenguaje valores semióticos insertados que permiten ver y apreciar lo propiamente literario la creatividad y la belleza y permiten por igual observar una conciencia crítica cargada de principios, pues al fin y al cabo hacia eso nos ha querido llevar el autor en el desmontaje de una extensa tramoya que permite ver por connotaciones y polisemias el milagro histórico constituido por la santidad del Dr. José Gregorio Hernández.

En varias páginas del libro el autor inquiriere para conocer algunos pormenores de la biografía del Dr. Hernández, que vislumbren sus cualidades espirituales, sus condiciones de santidad: tenía gran prestigio científico y humano, una conducta religiosa excepcional. **“Extraña si tú quieres, pero intachable”**, cuenta un referente, **“un diamante desde cualquier punto que uno lo mirara”**, dice: Y continúa; **“Hernández era hombre de la iglesia, es verdad, y un ídolo: admirado por todos, inclusive por quienes no eran religiosos.(...) había descendido de su alta posición (...) hasta el humilde ejercicio de médico**

de los pobres, a quienes no cobraba, para convertirse en siervo de Dios", (p. 137)... Quien está diciendo esto, y agrega valores inmarcesibles sobre la personalidad espiritual de Hernández, es nada menos que el Padre Carlos Borges, de vida licenciada pero hombre ilustrado, poeta de excepción y conocedor infinito de la iglesia y sus componentes en el orden de la jerarquía.

Se infiere de la lectura que José Gregorio, así a secas, fue en vida una guía de ascensión. **'una alma bien nacida', 'un hombre inédito', 'un hombre único'** y **"de inmenso crédito,"** para referir sólo algunas de las condiciones que ornaban a los santos en la referencia de María Winowska. Aunque el heroísmo como santidad son términos abstractos, ambos son esfuerzos vitales que no los pueden cumplir todas las personas sino aquellas de condiciones muy especiales, con gran voluntad y abnegación, capaces de renunciar a lo fácil y cómodo, viviendo a veces hasta momentos torturantes y cargados de renunciamientos en persecución de un ideal, y eso es lo que los hace trascendentes y modelares a los ojos de la humanidad.

El Dr. Hernández, tal lo deducimos del contexto de la novela, y por lo que dicen los entrevistados por el autor, compartió esa condición de su inteligencia entre la heroicidad practicada por sus grandes esfuerzos, y en ser buen médico y mejor persona humanitaria, profesional de altura, estudioso con sentido de formación superior, sin otros fines efectivos que ponerse al servicio a los demás, de los más necesitados. Todos estos pormenores giran alrededor de una semiótica significativa desde la obra novelada escrita que trasmuta su biografía total en un milagro histórico.

La aproximación semiótica, el ensayo conceptual que nos muestra tan diversas esferas aproximativas a la condición humana excepcional de este hombre venezolano, están en este libro prodigioso, escrito con un sólido basamento histórico, pero también con una calidad y rai-gambre vanguardistas. Respecto de la novela, Ortiz habla del **"Fulgor de la trama"**, acude a Foucault que dice que **"La signatura necesita del espacio donde desplegar sus formas. La signatura necesita recorrer ella misma en su sintaxis el mundo, retornar en la pasión del intérprete"** con lo que queremos explicar que Díaz Castañeda des-

pliega grande y extensamente su signatura, a través de una sintaxis verdaderamente constituida en discurso significante; expulsa sus formas narrativas, las estructuras y da forma a los capítulos: 1. Cementerios solemnes. 2. Cola de ratón. 3. El gallo y la cultura 4. Memoria de la inmundicia. 5. Sombras y luces. 6. Viaje al propio encuentro. Y al final, la ADDENDA, agregado, nota adicional, Diario de José Gregorio Hernández, anotaciones de un viaje a la montaña de J.G.H para S.A.D (Santos Aníbal Dominici este último), con lo que sin duda enriquece los valores de la novela.

No vemos muchos contenidos líricos en gran parte del cuerpo de la novela. La enunciación es más bien pragmática en el reflejo exacto de una realidad social prolongada en el tiempo y el espacio. Pero si vemos una carga de sensibilidad en las anotaciones de este viaje a la montaña realizado por el Dr. Hernández. El viaje es otra de las palabras mágicas de la literatura, no el viaje físico que realizamos, sino el mental o psicológico que también podemos hacer como una enunciación. Y este recorrido desde la memoria es la ensoñación que lleva a la nostalgia, a una gran nostalgia. “**En la memoria, el tiempo y la distancia no existen**” pero si la nostalgia que se desprende del referente artístico, de los cuadros geográficos consecutivos que nos va presentando para dar cuenta de lo que sucede en la esfera de lo afectivo – subjetivo, la esfera existencial de un hombre atormentado por lo terreno y por lo espiritual. La metáfora del alma, las relaciones intersubjetivas que se van presentando en los distintos escenarios por los que transita para darle una dimensión a su destino hasta ese final que lo devuelve y lo hace pleno hasta la consumación de su gloria.

La Condición Espiritual de José Gregorio Hernández

En la addenda se ve escrita la condición espiritual de José Gregorio Hernández. El diario suscrito durante el viaje de siete meses por las montañas, desde que había salido de Caracas; escrito en solitario y en la intimidad de sí mismo, que al fin y al cabo todo diario es intimista, de adentro, como una fundación del ser. Es la prenda personal que se guarda con celo, porque “**es una reserva de observación y centro de convergencia**” de lo que en verdad anida y persiste en la conciencia

bien adentro, en el más oscuro aposento del ser. El diario es el pronombre “yo”, como vemos, el yo empleado en todas estas intimidades del Dr. Hernández.

Véase el verbo en primera persona del singular como un repetitivo de todas las páginas y de todas las fechas. Así se confiese delante del infinito: **“Regreso a esas montañas como un forastero, empujado por un vago compromiso conmigo mismo, pero también atraído por una voz que me llama desde una infinita lejanía...”** Era Dios llamándolo seguramente para la santidad.

¿Qué más apropiado para estas revelaciones que un diario íntimo? **“Es íntimo, porque se ocupa de la vida privada (...) de quien deja en él plasmada su intimidad, o, a la luz de ésta, sus relaciones con el mundo, aunque lo dominante es su propio mundo interior.”** En el diario, comienzan a hacerse visibles las distintas facetas que configuran el ámbito de la santidad del Dr. Hernández. El lenguaje lo transfigura como el poema más puro y sincero. Con qué fidelidad Díaz Castañeda acierta al colocar el diario como la parte culminante de la novela, porque todo es revelación, transfiguración por el lenguaje, fraseología de renuncia para la entrega.

“Hay en esto un cambio”, sostiene José Gregorio Hernández, con la máxima expresividad posible, con la mayor carga posible del ánimo en ebullición. **“Hay en esto un cambio, como una metamorfosis, cuya significación no mensuré en aquel momento sino ahora, cuando, con las valijas ahí, estoy listo con el encuentro con ese otro que siento ser.”**

La montaña, el ascenso, las cumbres que lo aproximan al infinito donde se desborda la luz, es toda una iluminación, el premio definitivo, la posición inconfundible, como un don fecundo.

“Emerjo ahora transfigurado, confiesa, herido mortalmente por ella, dispuesto a desnudarme de la mortaja de la mundanidad y el egoísmo, que nos hace muertos entre muertos, para ir hacia Dios hasta donde me alcancen las fuerzas del cuerpo y el espíritu.”

El páramo es, sin duda, una simbolización en la novela. Aparecen en el corpus del diario muchos elementos icónicos que hacen vislumbrar un valor espiritual sobresaliente en la personalidad del Dr. Hernández, las signaturas expresivas que hila en la narración, las isotopías que lo muestran en su verdadera razón y lo inducen. El yo íntimo, la santidad revelándose; ese olor de santidad que vemos emerge del discurso como un ideario pleno de valores por las actitudes de su interioridad.

El diario es relato de corriente mental. Debo decir que Díaz Castañeda se luce con este relato de corriente mental, y hace ese inmenso poema en prosa del viaje a la montaña de José Gregorio Hernández.

Y es aquí, en el diario, donde resalta la condición lírica de la novela de Díaz Castañeda. Freedman dice que la novela lírica **“es un rótulo para que las experimentaciones de los espíritus poéticos expresen sus sentimientos del yo y del mundo”**

Al leer este diario -gracia creativa de Díaz Castañeda y forma ineludible de hacer crecer su novela- nos damos cuenta de que **“novela y poesía se encuentran”**

Esta novela es una plenitud. Qué portento el de Raúl Díaz Castañeda, que logra abolir el tiempo histórico para traernos este otro tiempo real que llega cargado con el nombre de José Gregorio Hernández en olor de santidad.

“Mientras más libros leemos, más nos damos cuenta que la verdadera función del escritor es producir una obra maestra, y que todas las demás tareas carecen de importancia.”

Y con Valencia Golkel, pregunto: ¿Es esta una gran novela? no sé. No sé si habrá un modo de saberlo. Lo que si se es que Raúl Díaz Castañeda es dueño de una escritura a la par amena y cultísima, de gran profundidad conceptual, y que esta es la novela más rica y total que se pueda escribir y leer.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALVAREZ - L., ALEXANDRA (2008) *Poética del habla cotidiana.* Mérida. ULA- Consejo de Publicaciones. Graficas El Portatítulos

BREMS, FRANCISCO J. (1969) *Cambiar al mundo.* Buenos Aires. Ediciones Paulinas

CALVO C., JOSE L. (1996) *Acercarse a la Literatura.* México. Longman de Editores

CARRILLO P., MARGOT (2007) *Certezas e invenciones del pasado.* Mérida. Ediciones el otro el mismo

DIAZ C., RAUL (2014) *José Gregorio Hernández un milagro histórico.* Mérida. ULA- Consejo de Publicaciones. Gráficas El Portatítulos

FREEDMAN, RALPH (1972) *La novela lírica.* Barcelona. Barral Editores

GARCIA DE M., IRAIDA Y OTROS (2007) *Semióticas de la cultura.* Maracaibo. Graficas Nerio Tip C.A.

NAVARRO D., ROSA (1998) *Como leer el poema.* Barcelona. Editorial Ariel, S.A.

NUÑEZ P., J.M. (1939) *Nuestro gran apóstol.* Caracas. Editorial Bolívar

VALENCIA G., HERNANDO (1982) *El arte viejo de hacer novela.* Caracas. Fundarte.

REFERENCIAS HEMEROGRAFICAS

LOBO Q., IVAN (1987) *Discurso aniversario Natalicio JGH.* En Diario de los Andes, Valera, 27/04/1987 (p. 14)

SCORZA, JOSE V. (1987) *Discurso en el Liceo "Rafael Rangel".* En: Diario de Los Andes. Valera, 24/04/1987